

Homilía de XXI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Esforzaos en entrar por la puerta estrecha”

Introducción

La lectura del profeta Isaías es una llamada a la universalidad de la fe en Dios. A pesar de que el templo de Jerusalén ha sido destruido por Nabucodonosor y el culto celebrado en él es muy precario, Dios anuncia que a él acudirán personas de todo el orbe con ofrendas, y les nombrará sacerdotes.

El salmo 116, en consonancia con lo que acabamos de escuchar al profeta Isaías, anima a todos los pueblos a alabar al Señor, pues es misericordioso con todos.

La carta a los Hebreos nos habla de la bondad de las correcciones que Dios nos hace. Debemos aceptar los castigos de Dios con buen ánimo y fortaleza, así seremos sanados por Él y maduraremos.

En el pasaje de san Lucas, Jesús nos habla de quién se va a salvar, y lo hace por medio de la parábola de la puerta estrecha, por la que entrarán personas de toda la tierra, mientras que otros que se tenían por salvados quedarán excluidos.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

He nacido en Madrid en 1968 y soy fraile dominico asignado al Real Convento de Predicadores, en Valencia (España). Soy Doctor en Teología y estoy licenciado en Teología Espiritual y mi investigación se centra en la historia de la espiritualidad, la experiencia mística y la espiritualidad dominicana. Actualmente, imparto clases de Espiritualidad en varias Facultades de Teología.

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Isaías 66, 18-21

Esto dice el Señor: «Yo, conociendo sus obras y sus pensamientos, vendré para reunir las naciones de toda lengua; vendrán para ver mi gloria. Les daré una señal, y de entre ellos enviaré supervivientes a las naciones: a Tarsis, Libia y Lidia (tiradores de arco), Túbal y Grecia, a las costas lejanas que nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria. Ellos anunciarán mi gloria a las naciones. Y de todas las naciones, como ofrenda al Señor, traerán a todos vuestros hermanos, a caballo y en carros y en literas, en mulos y dromedarios, hasta mi santa montaña de Jerusalén —dice el Señor—, así como los hijos de Israel traen ofrendas, en vasos purificados, al templo del Señor. También de entre ellos escogeré sacerdotes y levitas —dice el Señor—».

Salmo

Salmo 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Alabad al Señor todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos. R/. Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 12, 5-7. 11-13

Hermanos: Habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: «Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos». Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Ninguna corrección resulta agradable, en el momento, sino que duele; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella. Por eso, fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes, y caminad por una senda llana: así el pie cojo, no se retuerce, sino que se cura.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según San Lucas 13, 22-30

En Jesús pasaba por ciudades y aldeas enseñando y se encaminaba hacia Jerusalén. Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Él les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: Señor, ábrenos; pero él os dirá: "No sé quiénes sois". Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido

contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas". Pero él os dirá: "No sé de dónde sois. Alejaos de mí todos los que obráis la iniquidad". Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, pero vosotros os veáis arrojados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos».

Pautas para la homilía

La salvación es la cuestión más importante de nuestra vida, y, a su vez, es también la más misteriosa. En tiempos de Jesús, en el mundo grecorromano había muchos predicadores itinerantes ofreciendo la salvación por medio de diversas filosofías de vida: la estoica, la epicúrea, la platónica, etc. Éstas ■supuestamente■ ayudaban a vivir en armonía y a que el alma retornase al idílico mundo de los dioses tras la muerte. Otros ofrecían la salvación por medio de ritos mágicos que ■supuestamente■ libraban de todo mal. Asimismo, muchos se gastaban grandes cantidades de dinero para que un adivino ■supuestamente■ les vaticinase un buen futuro, lleno de prosperidad. Y uno, así, se sentía salvado.

Esto mismo ocurre ahora, porque también la persona actual busca la salvación de un modo u otro. De ahí el gran auge que tienen las espiritualidades orientales de tipo budista o hinduista, que ofrecen ■supuestamente■ salvarnos de los males que amenazan nuestra armonía interior. Otros prefieren gastar su dinero consultando a echadores de cartas, para que ■supuestamente■ les aseguren un futuro lleno de fortuna. Y los ateos, aunque no creen en la vida eterna, buscan su salvación en este mundo por medio de un buen uso de la naturaleza y de la ciencia.

Ciertamente, salvarse del mal ha sido, es y será una cuestión fundamental del ser humano, porque, quien se salva del mal, es feliz. ¡Y todos deseamos ser felices!

¿Y qué dicen de esto las lecturas que hemos escuchado?: Que nuestra verdadera salvación sólo depende de Dios, pues sólo Él puede librarnos del mal y hacernos realmente felices. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se describe la salvación como un estado idílico en el que el mal ha desaparecido y el ser humano está junto a Dios expresándole su amor con alabanzas. Pensemos en los pórticos de las iglesias románicas y góticas en los que aparecen multitud de santos tocando instrumentos y cantando alabanzas a Cristo, que está sentado en medio de ellos en su trono celestial. Estos pórticos reproducen el Cielo descrito en el Apocalipsis. Es la «Nueva Jerusalén» de la que nos hablan Isaías y el salmista en los textos que hemos escuchado.

Y, entonces, ¿quién puede salvarse? ¿Quién podrá librarse del mal en esta vida y unirse felizmente al coro celestial en la vida eterna? Eso es lo que le preguntan a Jesús los judíos. Y a ellos se refiere la parábola de la puerta estrecha. Porque los judíos se tenían por el «pueblo elegido» por Dios para ser salvados. Pensaban que, si bien los paganos lo tenían muy difícil, ellos, por ser el pueblo elegido, lo tenían más fácil. Como cumplían con el precepto de acudir a la sinagoga y al templo de Jerusalén, consideraban que eso les facilitaba salvarse del mal en este mundo e ir al Cielo tras la muerte.

Pero Jesús les dice que no. Así como haber comido en un banquete organizado por el señor de la casa no garantiza que éste te deje después entrar en ella, acudir a la sinagoga y al templo no garantiza la entrada en el Reino Celestial. Tampoco lo garantiza el cumplir con el precepto de ir a Misa todos los domingos y fiestas de guardar. Porque lo que Dios desea de nosotros no es un ciego cumplimiento de la ley divina, sino vivir en coherencia con su Palabra. Y la Palabra de Dios es el Evangelio del amor. Si amamos desinteresadamente a los demás, Dios nos librará del mal y nos hará participar de la felicidad eterna. Esa es la función de la Celebración Eucarística: ayudarnos a vivir el Evangelio para así alcanzar la salvación. Por eso debemos ir a Misa. No para «cumplir».

¿Y de qué mal debemos ser salvados? Jesús lo dice en otro pasaje: «*No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir al alma y al cuerpo en el fuego eterno*» (Mt 10,28). Es decir, la salvación auténtica es la interior. Jesús predicó el Evangelio para que fuéramos profundamente felices, a pesar de los sinsabores de la vida. Quien es coherente con la Palabra de Dios no se librará de los males físicos, ni de los disgustos, problemas y sufrimientos de la vida cotidiana, pero sí se salvará de algo mucho peor: del mal interior que nos hace egoístas, envidiosos y rencorosos. En definitiva, el Evangelio nos salva de todo lo que nos «mata interiormente», haciéndonos profundamente infelices y conduciéndonos física y espiritualmente a la perdición.

El autor de la carta a los Hebreos nos dice que Dios no sólo nos ofrece la puerta estrecha de la salvación, además, Él nos ayuda a pasar por ella. Y a veces lo hace corrigiéndonos, es decir, ayudándonos a cambiar el rumbo de nuestra vida. ¡Y qué duro es hacer cambios! ¡Cómo nos cuesta modificar conductas, costumbres o ideas! Pero sólo cuando conseguimos cambiar lo que no es coherente con el Evangelio, podemos entrar por la puerta estrecha de la salvación.

Esa es la felicidad que Dios nos ofrece. Y para alcanzarla hay que esforzarse, cambiar, convertirse, dejar el «hombre viejo» y pasar a ser personas nuevas que aman desinteresadamente buscando el bien común. Y, así, por muy mal que nos puedan ir las cosas en la vida cotidiana, en lo profundo del corazón seremos felices, porque habremos entrado por la puerta estrecha del Evangelio y Dios nos habrá salvado del auténtico mal: el que mata el corazón, y, con él, el cuerpo.

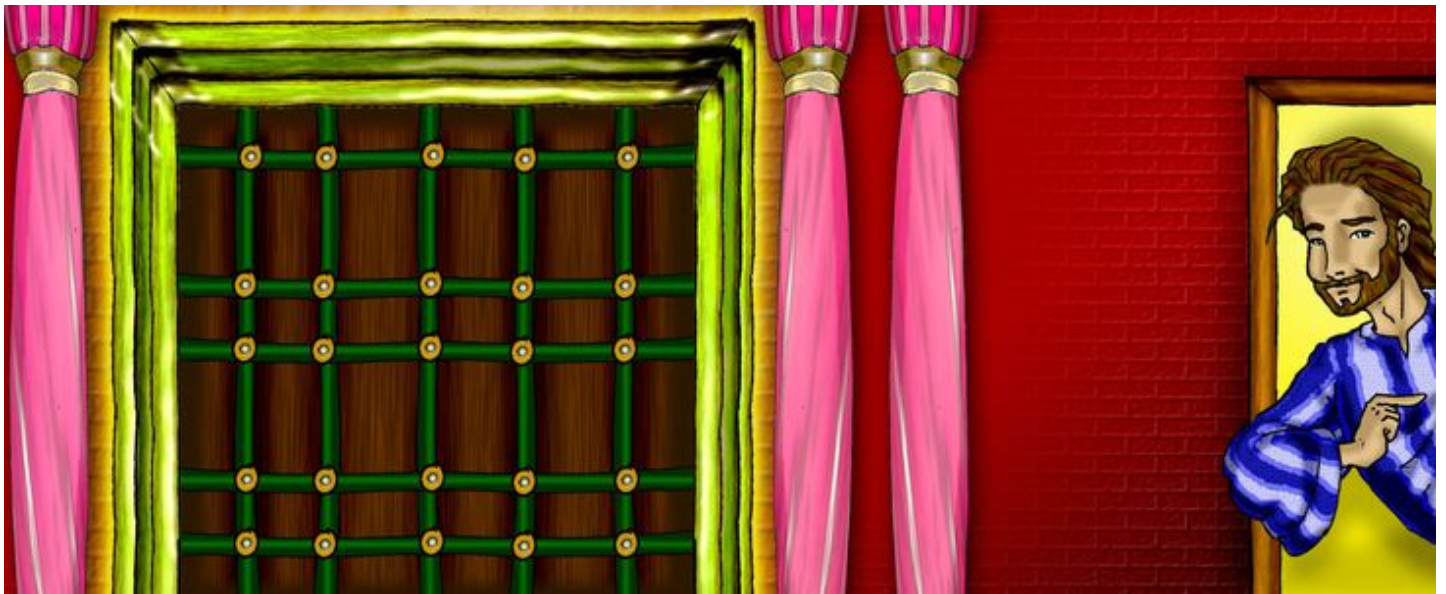


Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

He nacido en Madrid en 1968 y soy fraile dominico asignado al Real Convento de Predicadores, en Valencia (España). Soy Doctor en Teología y estoy licenciado en Teología Espiritual y mi investigación se centra en la historia de la espiritualidad, la experiencia mística y la espiritualidad dominicana. Actualmente, imparto clases de Espiritualidad en varias Facultades de Teología.

Evangelio para niños

XXI Domingo del tiempo ordinario - 25 de agosto de 2019



La puerta estrecha

Lucas 13, 22-30

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando. Uno le preguntó: - Señor, ¿serán pocos los que se salven? Jesús les dijo: - Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar, y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: "Señor, ábrenos", y él os replicará: "No sé quiénes sois". Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas". Pero él os replicará: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados". Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.

Explicación

Muchos niños y niñas están contigo en el aula, incluso muchos años, y sin embargo casi no te conocen, ni saben de tí las cosas más importantes. Eso es porque la relación que has tenido con ellos/as es muy ancha. Llamamos relación estrecha no a la relación delgada sino a la intensa, cordial, íntima. Algo parecido pasa con Jesús: muchos han oído hablar de él pero no saben casi nada de su corazón, ni de su vida, ni de sus intenciones y deseos. Esa relación con Jesús es ancha, no grande sino ligth. Para estar de verdad con él hay que entrar por una puerta estrecha y mantener una relación de amistad continua, de fondo, entera. Eso es conocer y querer a todo un amigo o amiga.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando. Uno le preguntó:

Niño 1: «Señor, ¿serán pocos los que se salven?»

Jesús: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: "Señor, ábrenos"; y él os replicará: "No sé quiénes sois."»

Niño 2: Maestro, ¿qué significa eso de levantarse, cerrar la puerta, quedarse fuera? no acabamos de entender.

Jesús: Voy a deciros aún más cosas. Esas personas comenzarán a decir: "Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas."

Niño 1: Seguimos sin saber lo que nos quieres decir, maestro. ¿Qué es eso de comer, beber, enseñar en nuestras plazas?

Narrador: El Señor les responderá:

Jesús: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados."

Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.

Niño 2: Maestro, ya voy entendiendo un poco lo que quieres deciros.

Niño 1: Claro. Nos está hablando de los que estando con él, escuchándole en las plazas, no le hacen caso, incluso le rechazan por interés. ¿no es así, maestro?

Jesús: Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.»

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa
Dibujos: Fr. Félix Hernández